Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 34 Article 19

1991

Mutis: disoluciones y mudanzas

Jose Balza

Citas recomendadas

Balza, Jose (Otoño 1991) "Mutis: disoluciones y mudanzas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 34, Article 19.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss34/19

This Notas de la actualidad is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

MUTIS: DISOLUCIONES Y MUDANZAS*

José Balza
Venezuela

De manera asombrosa. Octavio Paz resumió (¿o propuso?) en 1959 la estatura de una sombra que pasaría, con los años, a ser el centro de la poesía y la narrativa de Alvaro Mutis: el paisaje de Maqroll el Gaviero. "El paisaje espiritual y físico del Gaviero es insoportable de varias maneras. Enumeraré algunas: la precisión en el horror chabacano; la alianza del esplendor verbal y la descomposición de la materia...; la descripción de una realidad anodina que desemboca en la revelación, apenas insinuada, de algo repugnante; la familiaridad con las imágenes desordenadas de la fiebre y, también, con las repeticiones del tedio y del aburrimiento; el gusto por las cosas concretas e insignificantes que, a fuerza de realidad, se vuelven misteriosas; la predilección por el encuentro de objetos cotidianos y vulgares en un escenario extraño, presencias que no dejan de producir un escalofrío...; refutación de la realidad, ya sea por acumulación de realidades que engendran el absurdo o por desaparición de una parte de la realidad; evocación de la lejanía por medio de objetos infinitamente cercanos o, a la inversa, reducción de lo remoto a una proximidad inmediata, de pronto amenazante; creación de lo maravilloso por el brusco descenso de imágenes gratuitas y carentes de significado, aunque dueñas de un inexplicable hechizo, en el centro de una realidad conocida".

Insoportable, adjunta Paz a ese clima; y, tal vez, no sólo por la incesante transgresión de las realidades que nos indica, sino también porque en todo ello hay un orden. Alvaro Mutis (1923) estaba entonces *nel mezzo del cammin* y si bien no era el novelista de hoy, ya se había elegido.

Tres lustros más tarde, Guillermo Sucre realiza otra percepción acerca de Mutis. "Pasa a formular el dilema más radical de la poesía. Si la misión de ésta es dar cuenta de la realidad o la acción en la realidad, las palabras sobran: es el mundo mismo el que hace el poema. De una u otra forma, pues, la poesía es inútil

* Prólogo a la antología de poemas de Alvaro Mutis que publicará Monte Avila (Caracas).

y hasta imposible: una pasión sin salida". Tal vez esa pasión que intiende al mundo y lo desdobla, en el instante anterior y paralelo de los versos.

No menos asombrosamente, también, Mutis había marcado desde el principio su tránsito entre **ser** poeta y desconfiar de serlo — o abandonar tal irrisión. Mientras derivaba hacia ese hacedor de ficciones (¿materia menos noble?) que estuvo siempre en él, y que únicamente se le desprendería casi de manera absoluta en los años recientes. Quizá por todo esto hay en la obra a la cual tocan Paz y Sucre, la elección de un diálogo definido entre estas palabras: "Soy el desordenado hacedor de las más escondidas rutas..." porque "todo así está en orden".

****

Aunque durante este siglo algunos de los más admirados poetas del Continente también publicaron narrativa, el caso de Mutis es excepcional. Hay devoción por su poesía y voracidad por sus novelas: un mismo público transita de una a las otras con naturalidad. No se le discute jerarquía en cualquiera de su expresiones. Y a pesar de los inumerables puntos de contacto entre ambas (Maqroll mismo), son experiencias opuestas para el lector. Mutis, desde dentro de sí, no obstante, considera que se trata de un mismo curso espiritual.

Después de coincidir durante una semana en Berlín (euforia, luces, ambiente de lascivia intelectual), acabábamos de atravesar un paisaje de nieve absoluta: desde Frankfurt hasta una mínima aldea junto a un manso río. Y aquí, en los sosegados ámbitos del *Kurthotel* de Bad Ems (¿cómo puede no haber hoteles para conversar con Mutis? ¿cómo no hablar largamente sobre nuestro mutuo y seduciente *Tramp Steamer* que se aventura en el Delta del Orinoco?), el poeta me responde, poco antes de que concluya este enero de 1991.

"En la poesía quedan dichas ciertas cosas con más énfasis y en una forma de revelación (que es como yo entiendo la poesía).

"Me pasa una cosa curiosísima: como para la poesía no necesito — ni creo que necesite — mayor preparación de planes, yo tengo imágenes disponibles, presencias, y esas presencias se ordenan en cierta forma, forman una figura que es el poema.

"A los franceses, que son tan formales, los tenía completamente desconcertados que yo llevara nada más seis años de novelista: el novelista más joven del mundo. El secreto no es ninguno. Jamás cuando me he sentado a escribir las novelas estoy pensando o me pongo en la situación de 'estoy escribiendo una novela'. Yo sigo con mi misma cantaleta, sigo con mi misma canción.

"En la prosa, en la narración, ciertas cosas se desarrollan más ampliamente y tal vez con menos intensidad. Pero insisto, es el mismo material, la misma ingeniería, la misma obsesión por el fracaso, la ruina, por el desgaste de las personas y por el desgaste de la memoria".

Así podrían quedar dichas la unidad y la diferencia: desde un hondo Mutis

poesía y ficción se ejercitan con sincrónico movimiento. De allí la idéntica reacción hacia ellas que tienen sus lectores. Pero el texto poético recorre "un oscuro túnel en donde se mezclan ciudades, olores, tapetes, iras y ríos", donde "crece la planta del poema": "un canto que tenga mucho" de la esencia nocturna, "desordenada y tibia que se nos viene encima". Las novelas, aunque participen de estas imágenes, inventan una frase hecha de escamas, y este dragón vuela, se multiplica, abrasando y abrazando, acumulando momentos, secuencias como un vendaval que gira enloquecido sobre su única punta: el animal mítico se convierte en esfera y a ésta le brota un solo pie: es una zaranda o un trompo de colores que ya no se detendrá. Su cuerpo hecho de palabras y su base penetrante son un verbo que sostiene lo ficticio. Lo novelesco, para acompañar a Gérard Genette, es "la expansión de un verbo": ése, invariable y cambiante que recorre las narraciones de Mutis.

****

Quiso Mutis en su juventud obtener el título de Bachiller. Pero, nos dice en su *Improbable Curriculum Vitae*, "El billar y la poesía pudieron más y nunca alcancé el mirífico título". Instalado desde su adolescencia en la lectura, no economizó entregas a sus dioses: Proust y Rimbaud, Lautreamont, Baudelaire, Saint-John Perse, la música de Lamartine; también consumió Historia y algunas pinturas recurrentes. Lo envuelven la metodología desenfadada de los cafetales y el trópico y el caos adormecido de Bruselas, hasta convertirlo en todo un aficionado, en su acepción mortal. "Y la afición — desgraciadamente — es algo muy extraño en los estudios de letras. Quizá porque en la afición hay algo extraño al estudio en sí mismo" relaciona María Fernanda Palacios, en su trabajo sobre García Lorca. Audacia, destreza y perfección: valor, seguridad, dominio ante la muerte: ¿no resaltan estos atributos en la manera como Mutis salta desde el cerco de la poesía hacia el desorden novelesco?

En su poema *Canción del este*, "a la vuelta de la esquina / un ángel invisible espera" por cada uno de nosotros. Nunca lo veremos, aunque en ese encuentro "estaba la clave / de tu breve dicha sobre la tierra".

A la vuelta de la esquina
te seguirá esperando vanamente
ese que no fuiste...

Alvaro Mutis vivió el milagro y pudo ser el otro: el novelista enfebrecido que establece dichosamente en sus páginas el destino de un personaje singular: Maqroll el Gaviero. Sus ficciones ocurren en bares, puertos y callejuelas de innumerables ciudades planetarias. Pero el Mar de las Antillas resuena siempre tras ellas, y las altas nieves andinas y los cafetales colombianos. "Muy conocida es la obsesión climatológica de Mutis... un trópico exultante aunque manso,

sensual y desvoraginizado, en todo marcado por la presencia torrencial de la mujer" (R.H. Moreno-Durán: *El falansterio violado*).

"Todo lo que he escrito está destinado a perpetuar, a celebrar, a recordar ese rincón de la tierra caliente del que emana la sustancia misma de mis sueños, mis nostalgias, mis terrores y mis dichas" prosigue en su *Improbable Curriculum*. En efecto, su ficción acoge esa imaginación estrictamente personal, desplegada sobre los ámbitos de una tradición que incluye a Jean Rhys, a Meneses y Carpentier, también a Jacques Stephen Alexis. Pero en Mutis toda anécdota navega, como en los cuentos de hadas, hacia un desenlace espléndido: el del aura de placer y solidaridad, que persiste después de la destrucción. Maqroll — a la vez espectral y tangible — nos hechiza con ese poder que Fabianne Bradu ciñe en la intención de Mutis: "narrar un pasado finito y fragmentario para crear la ilusión de un personaje inmortal inagotable" (*Vuelta*, 175).

****

"Más que varios libros éste podría ser menos que uno" inicia Julio Ortega en su extraño y fulgurante *Diario imaginario*: tal como ocurre con esta selección poética de Alvaro Mutis. De manera material, no están aquí, completos, ninguno de los libros del poeta; y tampoco todos los poemas que el deseo hubiera querido recoger. Sin embargo como, de forma impensable, la obra de Mutis es breve, hay textos de cada una de sus publicaciones. Por todo eso, éste es menos que un libro. Y con más razón, si pensamos que la poesía de Mutis — a pesar de que el tiempo actual del autor está absorbido por el novelista — puede crecer en el paso de los días.

Por paradoja, no deja de ser, nuestro conjunto, todo Mutis. En principio, por motivos cronológicos; luego — lo más importante — porque al atravesarlo, tenemos la magnífica modulación que ha exigido toda una vida a esta voz. Aquí está Mutis en sus diversos registros, en la diversidad y unidad de sus temas, en la desnudez que también produce una antología. Todo lo cual revierte la resta en multiplicación.

"Por encima de las influencias y de los ecos, o mejor dicho, por debajo, abriéndose paso entre las aguas suntuosas y espesas de esa retórica que viene del mejor Neruda, no era difícil reconocer la voz de un verdadero poeta" había establecido Paz en 1959. También a través de los años y de sus libros, Mutis es el mismo. Su uso del verso breve es (casi) espontáneo ("ingenuas recetas que se repiten por los mercados"), conciso y muscular; cada frase parece levantarse de la página con un relieve no sólo sonoro sino espacial: lo escultórico, en sentido animal y orgánico ("¡Oh juventud pesada como un manto!"). Y paralelamente se expresa con prolongados versículos:

El metal blando y certero que equilibra los pechos de incógnitas mujeres
es el poema
( )
El amargo nudo que ahoga a los ladrones de ganado cuando se acerca el alba
es el poema

cuya fuerza arrastra hacia un sentido que vibra entre la emoción y lo imaginario. ¿Y que tal vez lleve a lograr ese carácter de "poesía de convocación" como la designa Alfredo García? (*La Gaceta del FCE*, 242). Lo cual nos deja, fluidamente, en las puertas de la prosa misma, que Mutis interviene con sintética abundancia.

Tras todo ello (en ello) respiran sus temas: minúsculos, cotidianos; exaltados y misteriosos, inquisidores de una realidad inabarcable, que pudiera esperarnos en cualquier momento. Ciertos territorios de Colombia, el Caribe e inexpectadas ciudades. "No hay una sola línea de mi obra que no esté referida, en forma secreta y subterránea o explícita y evidente, a ese mundo sin límites que es para mí ese rincón del Tolima". Con lo cual el autor explica lo (casi) espontáneo de su calculada poesía.

Mientras, desdoblándose (en su *Improbable curriculum*), nos deja vislumbrar la geología verbal que acompaña a toda su obra: refiriéndose a *Crónica regia y alabanza del reino* — y quizá también a numerosos poemas: "En estas últimas obras el autor explora, no sin dificultades, titubeos y ráfagas de duda, una nueva manera de contar lo mismo, lo de siempre, lo único ya para mí contable: los fantasmas que desde mis ávidas y desordenadas lecturas de adolescente en Coello, me visitan con asiduidad inflexible, fantasmas nacidos en buena parte en rincones de la historia de Occidente y de la dorada decadencia de Bizancio, envueltos, siempre, por el tibio vaho de los cafetales".

El "insoportable" (por fascinante y horadado) paisaje espiritual de Maqroll; una obra que se sumerge en "el dilema más radical de la poesía", atraviesan estas páginas: mediante un lenguaje suelto y a la vez frenado, para llevarnos hacia los rincones fijos del poeta: callejuelas, ríos y mares, noches, ciudades, viajes ("Hemos nacido dentro de un viaje, no dentro de unas fronteras, hecho de numerosos y permanentes viajes" leemos en el *Diario* de Julio Ortega). Leer a Mutis es movernos: la natural corrección de sus preposiciones resulta responsable de un vértigo: el poema muestra y esconde su tramado en esas sílabas que nos hacen cambiar: de metáfora, de dirección, de alma. Tras la elegante sobriedad del texto, hay caos. Se nos quisiera decir todo a la vez (para que todo durara); y, como no es posible, las frases asumen una dirección mientras bajo ellas el sentido es tumultuoso. Las palabras se afianzan como garfios, porque podrían estar a punto de deshacerse. Todo se disuelve en esta poesía, todo duele y se sabe concluyendo. Es enero de 1991, afuera la nieve invade al río y una aire tímido mueve las llamas de las velas en esta sala del *Kurthotel* de Bad Ems.

Mutis comenta: "Esta sensación de perpetuo desastre la he tenido desde muy pequeño, por haber tenido dos mundos que me fueron profundamente, intensamente necesarios. Por un lado, la vida en Bélgica y en Europa; y después la tierra caliente y la finca de café y caña de azúcar. Mis abuelos en el Tolima, en las estribaciones de la Cordillera Central: era un paraíso terrenal. Salir, llegar a la tierra caliente, a los cafetales florecidos, a la caña de azúcar, a los ríos, a las recogedoras de café que te pasan a noción erótica, a una dulzura, a una intensidad extraordinaria. Estos dos paraísos los perdí; tuve que irme a Bogotá dizque a estudiar; y a Bélgica no pude volver por la guerra. Entonces los perdí. Y después, la muerte de mi padre. mi padre muere a los 33 años, me dio una sensación de que todo se daña, de fracaso inmediato, de que todo se va de entre las manos..."

Sin embargo, en *Una calle de Córdoba* y en muchos otros poemas, la voz convoca a sus imágenes hacia un centro imantado: el lugar de la realidad o el instante fijo, donde hay un mundo "intacto", donde el pasado, la dicha y el dolor se salvan como un resplandor: "Concedo que los dioses han sido justos y que todo está, al fin, en orden". Lo cotidiano (con revelaciones o sin ellas) nos vive y nos aturde; pero esa cosa común —o maravillosa— de vivir sólo puede ser transformada en una ondulación o en un espejo: la escritura, los versos que se acomodan para devolvernos la sonancia de lo vivido. En el orden del poema está aquella que la incertidumbre cotidiana nos depara o nos arrebata: ambos fijados en la móvil certeza de ese idioma instantáneo.

Y si el orden del poema puede parecerse a la vida, la textura de lo novelesco se levanta y estalla en los laberintos de lo posible. Un orden vulnerable, pero más visible, propone y cierra el avatar de los personajes. En la trama narrativa el orden nos somete para convertirnos en algo imaginado. De allí que podamos pasar de las novelas de Mutis a su poesía, como si un azar (u otro amor) nos dejara en nuevos brazos — tan diferentes. Nuestra zona cotidiana se transfigura en ficción. Nuestro caos sabe de un orden, cuya constelación es el poema.